

ANIVERSARIO DE GUERRA

Por Joaquín BARDAVIO



PAZ. Paz. Paz. Veinticinco años. Que sean, como dicen, los veinticinco primeros. 1964 es un feliz aniversario español. 1964 es también un triste cincuentenario europeo. Bodas de plata, y de sangre, de la paz española. Bodas de oro, y de más sangre, del comienzo de la primera guerra mundial. 1914: un gran progreso y una gran guerra digna de tal progreso. Un estallido bélico consecuente con una paz egoísta sin visión de futuro. Al menos nuestra paz se proyecta esperanzadoramente al mañana que espera el relevo a orillas de una fina playa mirando hacia el Atlántico, el camino que siguió el más bello episodio de nuestra historia. Y nuestra joven esperanza nos hace volver la pluma cincuenta años atrás para saber el porqué de una guerra que nació, con dos asesinatos, tras una paz mezquina que no supo decir "mañana" y no supo decir "nuestros hijos".

El siglo XIX tenía una fiebre mecánica alimentada por la calentura de filosofías materialistas. El ambiente europeo estaba cargado, con una atmósfera densa por el humo que desprendía el opio del maquinismo y que hacía soñar a los hombres con mundos vehementes acrisolados por el oro que arrancaban de la tierra las dobladas espaldas de las razas inferiores, que Kipling condenó en ocho versos ('Take up white man's Burden...'). Y mientras la sociedad decimonónica bailaba y chi-

llaba el último día del siglo, se incubaba en su vientre un tumor maligno que se abriría más tarde y que ya palpitaba de impaciencia por destilar alimento para los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Por todo el siglo XIX marchaba un río de pasiones y megalomanías que se incrementó en los setentas, en los ochentas, en los noventas y desembocó, como un torrente avasallador, en los primeros años del siglo XX, llenándolos con su espuma rabiosa y amenazante. La electricidad, el automóvil, el maquinismo todo, habían sido inventos útiles y beneficiosos en sí mismos, pero los hombres los aprovecharon para bajar, altivamente, los tres escalones por los que bajara la intimidad de Feuerbach: "Mi primera idea fue Dios, la segunda la razón, la tercera y definitiva el hombre." El hombre desnudo de fortaleza espiritual que cubría su vergüenza tras el progreso que miles de promociones habían trabajado desde la más oscura cuna de la Historia, y que se mostraba en esa luminosidad de artificio que las bombillas de todo el mundo exhibían a las estrellas en ridícula competencia.

En 1899 murió un hombre pequeño, de grandes bigotes negros, de ojos nerviosos que se movían entre sus órbitas soñando con escaparse y volar hacia audaces utopías de bellos mundos de gigantes. Era un hombre débil que murió de envidia y de pena en la prisión de su osadía. Era un enamorado de los atletas de la antigua Grecia y amaba la fuerza y el poder con toda la intensidad de su impotencia. Los

pinchazos de su febril morbosidad dibujaban en su mente los rasgos enérgicos de músculos diamantinos, de grandes y anchos cuerpos rebosantes de salud y de vida. De su enano cuerpo, comido por los microbios malsanos, se disparaba su pensamiento hacia espacios infinitos, pisando quimeras en sueños sin caridad. Era un hombre que escribía todo lo que le gustaría ser y vagabundeaba por caminos de leyenda. La locura de su imaginación se extendió a la totalidad de su cerebro, y antes de que su cuerpo fuera amortajado su inteligencia había sido ya enterrada bajo la mitología que él mismo había creado. Se llamaba Federico Nietzsche y le hubiera gustado llamarse Zoroastro, el semidiós, quizá porque al avanzar hacia su triste destino de locura se sentía íntimamente un semihombre. Nietzsche vivió con mucha pena y sin gloria, pero sus obras resucitaron con fuerza insospechada a principios del siglo XX. Sus ideas contribuyeron a la tensión psíquica que se rompería en el catorce, y más tarde se encarnaron en un hombre fanático y terrible que se llamó Adolfo Hitler, que nació intelectualmente del parto ideológico de Federico Nietzsche cuando galopaba al ritmo de su pulso alterado por caminos etéreos que se cruzan en los manicomios de la Tierra.

El testamento del siglo XIX otorgaba a las grandes potencias y a las nuevas promociones herencias cuantiosas. Millones de toneladas de carbón, de hierro, enormes extensiones en colonias, grandes can-

tidades de kilowatios-hora, barcos a vapor, motores de cuatro tiempos, ferrocarriles con panza de hierro y fuego... y, también, una cultura partida, unas ideas fabricadas en la geometría del maquinismo, unas teorías evolucionistas mal asimiladas y comprendidas, mucho odio bajo la careta de la competencia, un "laissez faire" social, una introducción a la pornografía y, en fin, un saco espiritual lleno de materialismo mustio sin la fragancia de lo que crece en la tierra como testigo de lo extraterreno.

El progreso estaba degenerando la espiritualidad. La explotación del hombre por el hombre se oía en el tañer lastimero de la campana con que Lassalle pregona la ley de bronce de los salarios. El arte buscaba angustiosamente nuevos caminos y los pinceles de Cézanne trazaron unas líneas raras exploradoras de mundos desconocidos. La pintura y la música tomaban nuevos derroteros atravesando crisis de apasionada búsqueda, mientras Toulouse-Lautrec llenaba con su pequeñez el campo pictórico de la bailarina, figura que llegó a ser símbolo de una época.

Entonces se amaba apasionadamente al conocimiento, al saber, a la ciencia. Y se negaba cuanto de trascendente pudiera haber detrás del conocimiento, del saber, de la ciencia. La cultura se había reduci-

do en el pensamiento de muchísimos hombres a la producción técnica y al lanzamiento colosal del progreso que había permitido pagar menos y más pobres jornales a cambio de una mayor producción. La diosa ciencia, madre de todas las maravillas recién descubiertas, fue elevada al altar de la adoración. Las rivalidades nacionales se acrecentaron y la carrera del poder rompió la cinta de la meta un día homicida de 1914.

En Sarajevo hubo un doble asesinato, y los hombres de Europa se levantaron de los campos de trabajo, de las fábricas, y probaron durante unos años el progreso de la técnica. Y lo dolieron en las entrañas. Y toda la cultura hecha pólvora y armamento se desparramó por las naciones.

Y los montones de cadáveres diseminados por los campos de Europa prometían henchir las espigas de los trigales con tuétanos de esqueleto.

* * *

Este es un cincuentenario de guerra que veinticinco años después tendría su segunda edición, precisamente cuando en España comenzaba una paz esperanzadora porque sabrá decir "nuestros hijos" y sabrá decir "mañana".

J. B.

